

fundir en sus obras, en otro tiempo inspiradas por la gracia o el amor, el fresco encanto de la edad juvenil.

XXXVI

* *

Llega un día en que de repente el artista que gasta pródigamente sus días, en el peso de su frente conoce el peso de los años. Se despierta una madrugada acosado por una idea, que le hace exclamar: —«He malgastado mis hermosos días y pocos me quedan ya! Veo el fondo de mi vida, como el hombre pródigo ve que está vacío el fondo de su arca.» Conoce que los rayos ardientes del sol hacen inclinar su cabeza, de igual manera que al mediodía, hacen doblar las flores; cuando se aventura a andar, cumpliendo con la ley de su destino, contempla a su paso, mojados los céspedes, como por la mañana, y sabiendo que su aurora ya se ha disipado, exclama: —«Esto lo produce la lluvia, pero no el rocío!»

* *

Esto es hecho. Su genio ha adquirido madurez; puede llegar mejor a las más altas cumbres; el hogar que enciende arroja menos humo; cuando asciende su astro levanta menos cantidad de bruma; su celebrado corcel recorre mejor los campos acotados; pero ya no conserva, ya no puede di-

Ese encanto se pierde para siempre. Cuando se van buscando al acaso esos pensamientos, que en el camino encontramos y que permiten que, por la noche, entre el artista en su gabinete orgulloso y altivo, cuando sale para meditar, cuando vaga errante, ya por los prados, ya por los bosques, ya por las encrucijadas tumultuosas de París, siempre en el fondo de todo, siempre en su espíritu, hasta en las ocasiones en que el arte le embriaga y le sonríe, encuentra con gran tristeza la pesadumbre de haber visto desaparecer su pasado, cualquiera que éste haya sido.

Noviembre de 1831.

XXXVII

LA ORACIÓN PARA TODOS

¡Ora pro nobis!

I

Mi hija se dispone a rezar. Anochece ya; va desapareciendo el crepúsculo vespertino; la bruma

borra poco a poco los contornos de las colinas apenas se oye a lo lejos el ruido lejano de algún carro...; la naturaleza va a entregarse al reposo, y el árbol del camino se sacude al viento de la noche el polvo que se posó sobre él durante el día.

* *

Empiezan en el celaje a centellear las estrellas; la última luz del sol va apagándose; las tinieblas empiezan a platear la superficie del agua; surcos, senderos y matorrales, todo se confunde y se borra; inquieto el viajero, no acierta a encontrar su camino.

* *

El día terminó; recemos, que ya aparece la noche grave y serena. El viejo pastor, el viento en las grietas de las torres, los estanques, los rebaños, todo sufre y todo se queja. La naturaleza, fatigada, tiene necesidad de dormir, necesita oraciones y amor.

* *

Esta es la hora en la que los niños hablan con los ángeles. Mientras que nosotros corremos en busca de locos placeres, todos los niños, mirando al cielo, juntas

* *

Luego se dormirán. Entonces, saliendo de la obscuridad, el enjambre numeroso de sueños de oro que nacen cuando se disipan los últimos ruidos del día, y oyendo desde lejos la respiración de las rosadas bocas de los niños, así como a los capullos de las flores acuden las abejas, acudirán a posar su vuelo en las blancas cortinas de los lechos infantiles.

* *

¡Delicioso sueño de la cuna, oración de la infancia, cuya voz acaricia siempre y no ofende jamás; dulce religión, que solaza y que sonríe; prelude del concierto de la noche solemne! Como para dormir el pájaro introduce la cabeza bajo el ala, el niño adormece en la oración su inocente espíritu.

II

Hija mía, ve a rezar. Primero reza por la que tantas noches meció tu cuna, por la que te tomó

en el cielo para ponerte en el espuma, los íntimos recuerdos que mundo; por tu tierna madre, que producen afrenta o amargura y dividiendo en dos partes su vida, que hacen subir el rubor al rostro. bebió siempre el absintio y guardó para ti la miel.

* *

* *

Luego reza por mí; yo lo necesito más que ella. Tu madre es como tú, buena, sencilla y leal; lleva la frente erguida y tiene el corazón puro; es prudente y cariñosa; sufre la vida con paciencia, se resigna a las desgracias, sin odiar al que las produce;

Conozco la vida mejor que ella, y te enseñaré, cuando seas mayor y debas instruirte, que es una locura dejarnos engañar por la ambición, por la fortuna y por el arte; y que a menudo encontramos la ignominia en vez de la gloria, y que en tan azaroso juego se puede perder el alma.

* *

* *

Siempre cortando flores, nunca su mano casta rozó siquiera la corteza del vicio; ningún lazo es capaz de arrastrarla a mentirosas alegrías; olvida por completo las amarguras pasadas, y no se alojan en su mente esos malos pensamientos que pasan por el espíritu como una sombra por encima del agua.

Viviendo se altera el alma; y aunque de los mortales sea claro el fin, y nos deje ver la causa, apresuramos la vejez cuando nos entregamos al error o al vicio; por más que el hombre, internado ya en la vida, tenga que equivocarse y que dudar en muchas ocasiones. Todos los mortales dejan alguna parte de sí mismos entre los breñales del camino; el cordero los vellones de lana, el hombre la virtud.

* *

No sabe lo que son las miserias que en el mundo nos asaltan — ¡y ojalá tú siempre las ignores! — los placeres falsos, las vanidades, los remordimientos, las inquietudes que roen el alma, las pasiones que flotan sobre el corazón como la

Reza, pues, por mí. Dí esta oración: — Señor, Señor Dios mío, sois mi padre, sois bueno y sois todopoderoso; os suplico por todos nosotros! — ¡Deja que vaya tu ora-

ción adonde tu alma la envía, y limpio como las aras sagradas, no te preocupes por el camino que se lavan cada día. que tome;

* *

III

Que todo en el mundo encuentra su natural pendiente. El río corre serpenteando por las llanuras hasta el mar; la abeja sabe que la flor guarda la miel; todas las alas se dirigen a su punto de destino: el águila vuela hacia el sol, el buitro hacia las tumbas, la golondrina hacia la primavera y la oración hacia el cielo.

Reza por todos los que pasan peregrinando por el mundo; por aquellos que se les borran los senderos, en el mar o en la tierra; por el insensato que cifra su alegría en un manto de seda o en la velocidad del galope de un caballo; por todo aquel que sufre y trabaja; por todo el que obre bien y por todo el que obre mal;

* *

* *

Cuando la oración que rezas por mí vuela hacia Dios, me quedo como el esclavo que se sienta en el valle y deposita su carga en la margen del camino; me encuentro más aligerado, porque tu oración me quita el peso del haz de penas, de faltas y de errores que arrastro gimiendo

Por aquel a quien manchan los placeres, abrazándole desde la noche hasta la mañana; que la hora consagrada al rezo la pasa en los festines, que celebra infame orgía en los instantes de la noche en que el alma eleva al Cielo su religioso himno, y que cuando acaba la oración prosigue en sus placeres, como si Dios no la hubiera oído.

* *

* *

Reza por tu padre. Reza para que yo sea digno de ver pasar en mis sueños un ángel que se cierna como un cisne, para que mi alma se purifique; con tu cándido halito borra mis pecados, para que mi corazón quede inocente y

Reza por las vírgenes consagradas al claustro, por los que lloran en las cárceles, por las mujeres que venden sus caricias, por el espíritu que sueña y que medita, por el impío que blasfema de la santa ley. Tu rezo no debe excluir a nadie, porque tú crees

por los que niegan, porque la infancia substituye a la fe. entreabre en el horizonte su pupila protegida por pestañas de oro.

* *

Reza también por los que duermen el sueño de la tumba, en ese negro precipicio que nos está tragando incesantemente. Esas almas en su adversidad necesitan que se las quite el moho de sus cuerpos, y no dejan de sufrir por estar silenciosas; reza por ellas; es necesario compadecer a los muertos.

Pero los perversos no pueden dormir así; se agitan inquietos y fríos en sus lechos. Los ángeles no cantan himnos alrededor de ellos; les persigue en sus sueños el mal que causaron; su noche carece de crepúsculo; el implacable remordimiento, convertido en gusano del sepulcro, les roe el corazón.

* *

IV

Póstrate en el suelo, cae de hinojos sobre la tierra, en la que está enterrado el padre de tu padre y la madre de tu madre, en la que todo el que vivió duerme eternamente, en el abismo en que se mezclan todas las cenizas de los hombres.

Rezando tú por ellos puedes alcanzar que el remordimiento tome alas y desaparezca volando; que un grato calor reanime su cuerpo yerto, y que llegue hasta ellos un rayo de luz y de vida, algo semejante al murmullo de los vientos de los bosques y de las aguas.

* *

* *

Cuando duermes, niña, sonríes. La alegre bandada de los sueños revolotea en las tinieblas en que está sumida, se asusta al oírte respirar, se va, pero vuelve en seguida; y abres por fin tus hermosos ojos a la vez que el alba, que también es un ojo celestial,

Cuando paseas pensativa, a pesar de tu edad infantil, por las playas, junto a las que las olas gimen, o por debajo de árboles de espesas cimas, algunas veces, en los suspiros de las olas y de las brisas, ¿no oyes una voz que te pregunta:—Niña, cuando rezas por mí?

* *

* *

Esa es la súplica de los muertos. Cuando los muertos tienen quien les rece, sobre la tierra que los cubre crece la hierba más lozana y florida y ningún demonio se burla de ellos; los muertos olvidados sumidos están en noche fría, y siempre algún árbol que nace sobre ellos les clava despiadadamente las raíces hasta el corazón.

Si por los réprobos de la tierra hay quien deba rezar, eres tú, cuya inocencia subyuga; eres tú, cuya cándida plegaria puede redimir a los demás. Pregúntale a ese Padre augusto, que sonríe cuando oye tus oraciones, por qué el árbol ahoga al arbusto, y qué es lo que hace, desde lo justo a lo injusto, vacilar a la razón del hombre. Pregúntale que si la sabiduría sólo pertenece a la eternidad, por qué su soplo nos abate, por qué incesantemente deshoja a la humanidad en la tumba.

* *

Reza para que el padre, el tío y los abuelos, que necesitan de nuestras oraciones, se agiten conmovidos en sus tumbas, cuando oigan que los nombras, cuando sepan que en el mundo no los olvidamos.

* *

Los niños velan en el santo lugar por aquellos que están consumidos por los vicios; son las flores que le perfuman, son los incensarios que humean, son las voces que llegan hasta Dios. Dejemos que recen arrodillados los niños: nosotros, que somos pecadores, todos hemos cometido faltas graves, todos nos encontramos en la pendiente del abismo; dejemos que la niñez ore por nosotros.

V

No me corresponde a mí, paloma mía, rezar por todos los mortales, por los vivos que no tienen fe, ni por los muertos que yacen en la tumba; no me corresponde a mí, cuya alma está llena de errores y vacía de fe, rezar por el género humano, porque mi voz es deficiente acaso, Dios mío, para rezar por mí mismo.

VI

Niña, distribuye tus plegarias como una limosna; reza por tu

padre, por tu madre y por tus abuelos, por el rico a quien Dios niega la felicidad, por el pobre, por la viuda, por el crimen, por el vicio, reza por todas las miserias del mundo.

*
* *

Niña, cuando todo el día habéis jugado bajo los árboles tú y tus hermanos, y estáis rendidos de cansancio por la noche, necesitáis tomar leche o algún alimento frugal y que vuestra madre arrodillada os lave los pies; pues bien, recorre el mundo un ser que camina entre los hombres sirviéndoles y prestándoles consuelo, a toda hora y en todos lugares, un buen pastor que busca las ovejas descarriadas, un peregrino que viaja de un punto a otro; ese pasajero, ese pastor, ese peregrino es Dios.

*
* *

Cuando la noche llega está muy cansado y es preciso, para verle sonreír, encontrar un alma que le sirva, un niño que le rece, un poco de cariño. Niña, tú que no sabes engañar, ofrécele tu corazón inocente, temblando y con la vista baja, como precioso cáliz del que temes que se derrame ni una sola gota.

*
* *

Rézale, y cuando notes que se llene tu alma de grato calor, será que El se te acerca, hija mía, y entonces vierte, como antiguamente María la hermana de Marta, todo su perfume a los pies del Señor.

VII

¡Flotad en los aires, mirra o cinamomo, oloroso nardo, éter, dictamo, perfumes olorosos! ¡Prados que las ondas riegan, vapores del altar, pétalos de la rosa, donde liba la abeja; jazmín, gamón, humeantes incensarios, ramas verdes y frágiles, donde la golondrina hace nido en la primavera; azucenas abiertas a los frescos rocíos, ámbar que Dios dora, soplo de la aurora, hálito de la tarde, aroma de la savia de los bosques, olor de la playa que se percibe de noche, ramos de flores de los altares, llama majestuosa de las siete lámparas de oro, espíritu de las rosas, flotad en los aires! ¡Fiestas, que os regocijen el incienso y la algazara! ¡Olores desconocidos, flores abiertas a las brisas de las noches, fragancias imperecederas, que los arcángeles fieles traen en sus alas cuando descenden del cielo! ¡Esencias

suavísimas de los vergeles de la luz; en esa augusta esfera saturáis al alma que ruega entre sollozos; al alma del niño huérfano que suplica por su padre, cuya boca suspira como inefable lira, con voz que hace sonreír, con voz que hace brotar las lágrimas!

*
* *

VIII

Cuando esa alma reza, está un ángel de pie a su lado, rozando sus cabellos con las plumas de las alas y enjugando con sus besos los ojos que las lágrimas humedecieran; ángel que acudió al oír que le llamaba el niño, espíritu que sostiene el libro donde deletrea el inocente, y que espera a que éste haya terminado para remontar el vuelo.

*
* *

Su hermosa frente inclinada parece un vaso preparado para recibir las lágrimas que destila el corazón infantil; el ángel recoge las lágrimas del cariño y los suspiros del dolor; sin cambiar de naturaleza, se llena con las expansiones del alma del niño, como el vaso de cristal se llena de agua hasta los bordes sin cambiar de color.

*
* *

Sin duda recoge para el Señor el llanto del niño gota a gota y

esa azucena hoja a hoja. Después regresará a formar en las celestiales legiones, conservando esos suspiros y esos perfumes para presentarlos como en copa rebosante para satisfacer la necesidad de amor, única sed de Dios.

IX

Apartada siempre del camino que sigue el pecador, camina hacia donde Dios te dirige; niña, conserva tu alegría; azucena, conserva tu blancura.

*
* *

Sé numilde y nada te importen los ricos ni los poderosos, a quienes el más tenue soplo arrastra; la verdadera fuerza radica en el corazón inocente. A menudo Dios desprecia las altas torres, pero mira con cariño el nido de musgo donde canta una tierna voz.

* *

Permanece en la soledad y en la pobreza; vive sin inquietud y no te preocupes de otra cosa sino de la eternidad. Se encuentran lejos de nuestras ciudades y lejos de nuestros tranquilos y puros lagos, islas florecientes arrulladas por ondas azuladas, en las que se pueden lavar los remordimientos, que poseen tal encanto, que hasta el incrédulo cae de hinojos en sus playas. La sombra que las inunda nos devuelve la calma y nos hace mejores; su paz es tan profunda, que jamás en sus olas se han vertido lágrimas. El día, que esplendoroso refleja en sus llanuras, halla las aguas tan serenas, que apenas su celaje empaña con alguna nube.

* *

Esos lagos que nada alborota, Dios los coloca en el mundo, entre montes gigantescos, lejos del soplo letal de los sombríos océanos, para que ningún viento árido, para que ninguna ola traidora ríen ni envenenen sus aguas transparentes, en las que se refleja el cielo.

* *

Hija mía, alma feliz, lago de candida pureza, no abandones ese

umbrío valle, ya que te ofrece Dios en él, cariñoso abrigo. Lago que el cielo perfuma; el mundo es un mar cuyo soplo es tempestuoso, y su flotante espuma, si cayera sobre ti, haría amargas tus aguas.

X

Y tú, celeste amigo, que eres custodio de su infancia, que de día y de noche le defiendes con tus alas invisibles, trípode donde su alma se inflama, espíritu de su oración, ángel de mi niña, cisne de su lago puro,

* *

Te la entregó Dios y yo te la confío; sostén, realza, exhorta, inspira y fortifica su frágil naturaleza humana, para que conserve siempre, alegre o pesadosa, la mirada pura, el alma translúcida y la serenidad que hace que todo el día, sin que ella te vea, apartando de su corazón falsos deseos y falsas pasiones, estés delante de ella adorándola, como ella está adorando a Dios.

Junio de 1830.

antiguo; donde la cascada, impulsada por el viento, azota los peñascos, que cubre con sus brillantes lágrimas;

XXXVIII

* *

PAU

Si os dicen que el arte y la poesía son de la ambrosía eterno raudal, que es el ruido que produce la multitud que os sigue, o de rico salón la fantasía ociosa, o la rima que huye alcanzada por otras rimas, no, no le prestéis fe.

* *

Sagrados poetas, id y derramad vuestro espíritu en las cumbres, en las cimas nevadas, combatidas por el aquilón; en los desiertos, donde el espíritu se recoge; en los bosques, que el otoño va despojando hoja a hoja; en los lagos que dormitan a la sombra de los valles;

* *

Por todas partes donde la naturaleza brilla con su hermosura, donde la hierba nace espesa para el rebaño que bala blandamente, donde las ágiles cabras ramonean los citisos en flor, donde canta el pastor, sentado bajo un arco

Por todas partes donde arrastra el viento un copo de lana o una ligera pluma, ya sea en el mar, ya en una llanura, ya en antiguo y frondoso bosque, ya en islas desiertas, ya en un lago solitario, ya encuentre montañas o mares, ya nieve o arena, ya olas o tierra, en todas partes donde soplen los cuatro vientos

* *

En todas partes en donde el sol poniente haga crecer la sombra, en todas partes donde los montes entrelacen sus abruptas cadenas, por donde se extiendan campos floridos, opulentas ciudades, donde haya cosechas, donde las ramas estén cargadas de frutos, donde el pájaro pueda beber el rocío, allí os esperan, id y cantad.

* *

Id a las florestas; id a los valles, formad allí un concierto de sus notas aisladas; robad a la naturaleza, que se ofrece a vuestra vista, ya la entristezca el invierno, ya